

*Comentarios  
sobre la guerra de  
Alejandría*



*Cayo Julio César*

«Sobre la guerra de Alejandría» (en latín, «De bello Alexandrino») es un libro que se atribuye a Julio César, aunque su autoría está muy discutida. Narra la campaña de César en Alejandría, Egipto y Asia.

Los autores consideran que parte de la obra es suya, aunque discrepan en el porcentaje e incluso en las partes, considerando que parte de la obra es de Aulo Hircio.

La obra fue publicada el 50 a. C. o el 40 a. C.

## Libro I

I. Encendida la guerra de Alejandría, hizo venir César toda la armada de Rodas, de Siria y de Cilicia; llamó a los flecheros de Creta, y la gente de a caballo de Maleo rey de los nabateos, y asimismo dio orden de buscar por todas partes las máquinas de guerra necesarias, hacer provisiones de víveres y levantar tropas auxiliares. Entre tanto se adelantaban diariamente las fortificaciones, se ponían en defensa con tortugas y manteletes los parajes de menos resistencia, y por unos edificios se batían con arietes otros inmediatos, adelantando los reparos a todo aquel terreno que o se arrasaba con ruinas o se ocupaba por fuerza. Porque del incendio está bien segura casi toda Alejandría, por estar contruidos los edificios sin maderas en que pueda cebarse el fuego, levantados sobre arcos de cal y canto, y enlosados. Deseaba César en gran manera separar con paredones y otros reparos una parte de la ciudad, a la cual estrecha mucho una laguna que la baña por el Mediodía, de la otra parte. Porque dividida en dos trozos la ciudad, esperaba poder manejar las tropas con un solo consejo y orden, y dar también socorro desde la otra parte a los que se hallasen en peligro; pero sobre todo tener abundancia de agua y de pasto, porque se hallaba con escasez de agua, y no podía tener pasto suficiente, y uno y otro lo podría suministrar la laguna con abundancia.

II. Mas no se descuidaban los alejandrinos, ni dormían en sus disposiciones. Despacharon comisionados por todas las tierras confinantes con su reino para hacer nuevas levadas de gentes; habían juntado en la ciudad una gran multitud de armas y máquinas de guerra, y tenían de antemano muchas armerías para trabajarlas; habían puesto en armas a todos los siervos mozos, a quienes sus señores daban el sustento y paga diariamente. Con esta multitud repartida defendían las fortificaciones más distantes; tenían cohortes veteranas desocupadas en los parajes más públicos de la ciudad, que estuviesen prontas y descansadas, para acudir de refresco a cualquiera parte donde se pelease. En todas las calles y atrios habían levantado un triple muro de piedras cuadradas, no menos que de cuarenta pies de alto; tenían fortalecidos los parajes bajos con torres de diez altos, y además tenían otras movibles de la misma altura, las cuales con ruedas, maromas y caballerías llevaban adonde convenía, en especial por las calles más llanas y derechas.

III. Para todo daba disposición la ciudad abundantísima, y en la mejor proporción. Los moradores, gente sumamente aguda e ingeniosa, hacían al instante con grande habilidad cuanto veían hacer a los nuestros; de suerte que parecían los nuestros los imitadores de sus obras. De suyo inventaban también mil cosas; a un mismo tiempo incomodaban a nuestras fortificaciones y defendían las suyas. Los sujetos principales esparcían en sus juntas y consejos, «que el Pueblo Romano se iba acostumbrando poco a poco a señorearse de este reino; que pocos años atrás había estado Gabinio en Egipto con ejército; que Pompeyo le había elegido también para amparo de su derrota; y que últimamente acababa de venir César con sus tropas, sin que se hubiese adelantado nada con la muerte de Pompeyo, para que César se les metiese en casa; que si no echaban a César fuera, quedaría el reino hecho una provincia de Roma, y

que esto convenía ejecutarlo con presteza, pues hallándose ahora encerrado por los temporales y la estación del año, no podía recibir socorros transmarinos».

IV. En este intermedio, habiéndose suscitado mucha discordia entre Aquilas, general del ejército veterano, y Arsinoe, hija menor del rey Tolomeo, como arriba se dijo, y poniéndose asechanzas uno a otro con el deseo de alcanzar el mando absoluto, se anticipó Arsinoe, e hizo dar muerte a Aquilas por medio de su ayo el eunuco Ganímedes. Muerto su competidor, tenía ella todo el imperio sin compañero alguno. Entregóse el mando del ejército a Ganímedes, el cual, tomando a su cargo la empresa, aumentó las dádivas a los soldados, y en lo demás se portó con igual actividad.

V. La ciudad de Alejandría está minada casi toda y tiene unas cisternas que se comunican con el Nilo, por donde se introduce el agua en las casas particulares, que poco a poco y con el discurso del tiempo se sienta y aclara. De ésta usan los dueños de las casas y sus familias, por ser tan cenagosa y turbia la que lleva el Nilo, que ocasiona muchas enfermedades, pero la plebe y el resto de la multitud se contenta con ella por precisión, por no haber fuente alguna en toda la ciudad. Bañaba el río la parte que ocupaban los naturales; con lo cual pensó Ganímedes poder cortar el agua a los nuestros, que repartidos por varias calles con el fin de defender sus trabajos, tomaban el agua de las cisternas de las casas particulares.

VI. Tomada esta resolución, emprendió tan grande y difícil obra, y cortando la comunicación de los conductos en todos aquellos parajes que él ocupaba, se empeñó en sacar del mar con ruedas y máquinas a propósito gran canti-

dad de agua, la cual hacía correr continuamente desde los sitios más altos hacia la parte de César. Con esto empezó a sacarse el agua de las casas inmediatas un poco más salada y admirándose en gran manera del motivo que lo habría ocasionado, no acababan de darse crédito a sí mismos, porque los que estaban más a la parte de abajo, aseguraban ser del mismo género y sabor el agua que bebían que la que habían bebido hasta entonces; se juntaban entre sí, probaban una y otra, y hallaban la gran diferencia de las aguas. A poco tiempo la primera no se podía beber absolutamente, y la de más abajo se experimentaba ya más salada y corrompida.

VII. Deshecha con esto la duda, se apoderó de todos tan gran terror, que les parecía haber llegado al último extremo. Unos decían que César tardaba demasiado en mandarles embarcar, otros temían mayor desgracia; porque ni se podrían ocultar a los naturales, mediando tan corta distancia, las prevenciones de la retirada, ni hacerse de ningún modo a la vela, teniendo encima los enemigos, que los habían de sorprender. Además de que había una multitud de ciudadanos en la parte que ocupaba César, a quienes no había removido de sus domicilios, por fingirse muy fieles a nuestro partido y separarse de sus conciudadanos. De suerte que si emprendiera yo defender a los alejandrinos de la nota de falaces y traidores, gastarían en balde todo mi discurso; mas dándose bien a conocer al mismo tiempo su nación y propiedades, nadie puede dudar que es gente muy a propósito para engaños y traiciones.

VIII. Procuraba César disminuir el temor de sus tropas con consuelos y razones, diciéndoles, «que haciendo pozos, no podía menos de encontrarse agua dulce, porque naturalmente tienen manantiales de ella todas las riberas

del mar; y que cuando fuese distinta la naturaleza de las orillas egipcias de todas las demás, puesto que se hallaban señores del mar y estaban sin escuadra los enemigos, nadie les podía estorbar conducir el agua todos los días con las naves o de Albertón por la banda de la izquierda, o por la de la derecha de la isla de Faro, las cuales navegaciones, siendo opuestas, nunca se les podrían cerrar por vientos contrarios a un mismo tiempo. Que para la retirada no tenían medio alguno, no sólo hallándose constituidos en la mayor reputación, sino aun cuando nada tuviesen que pensar más que en salvar las vidas. Que era mucho el trabajo con que se sostenían en los asaltos de los contrarios desde sus fortificaciones, desamparadas las cuales, así en el paraje como en el número quedaban muy inferiores. Que el embarco costaría mucho tiempo y mucha dificultad, especialmente desde las lanchas; y al contrario los alejandrinos se manejarían con la mayor celeridad con el conocimiento de los parajes y edificios, y muy insolentes con la victoria, se les anticiparían, ocuparían los puestos y edificios más altos y por consiguiente les estorbarían la fuga y el embarco; por lo cual concluyó, que abandonasen semejante pensamiento e hiciesen el ánimo a vencer por todas razones».

IX. Hecha por César esta plática a sus soldados, con que quedaron todos sosegados y atentos, encargó a los centuriones que, cesando en las obras, pusiesen toda su atención en abrir pozos, sin interrumpir ese trabajo en toda la noche. Tomada por su cuenta esta comisión, y asistiendo a la obra con mucho empeño los trabajadores, en una sola noche se halló grande abundancia de agua dulce. Y así con el trabajo de no largo tiempo, se ocurrió a las costosas máquinas y grandes esfuerzos de los alejandrinos. Con intermedio de dos días arribó a las costas de África, un poco más arriba de Alejandría, la legión treinta y siete, compuesta de los soldados que se rindieron de Pompeyo, la cual ha-

bía hecho embarcar Domicio Calvino, con provisiones de víveres, armas, pertrechos y máquinas de guerra. No dejaba tomar puerto a las naves el viento de Oriente, que reinaba ya muchos días continuos; y aunque todos aquellos parajes son a propósito para estar sobre áncoras, con todo, como se detenían demasiado y empezaban a experimentar falta de agua, despacharon a César una nave ligera con el aviso.

X. Embarcóse César para tomar por sí la resolución conveniente, dando orden de que le siguiese toda la escuadra, pero sin ningunas tropas, por no dejar sin gente las fortificaciones, cuando se apartaba a mayor distancia. Habiendo llegado a un paraje que llaman Chersoneso, echó en tierra algunos remeros para hacer aguada; y como parte de ellos se adelantase más de lo justo con deseo de alguna presa, dieron en manos de una tropa de caballos enemigos, que los sorprendió, y así supieron que venía César en persona, y sin gente en la escuadra. Con esta noticia creyeron que les proporcionaba la fortuna la mejor ocasión de lograr un buen golpe, y así embarcando sus tropas en todas cuantas naves tenían listas para el caso, salieron al encuentro con ellas a César, cuando ya volvía. César, por dos razones, no pensaba combatir este día, porque se hallaba sin tropas, como por ser ya más de las cuatro de la tarde, pareciéndole que la noche aumentaría la esperanza a los que fiaban en el conocimiento de aquellos parajes, y a él le faltaría el auxilio de animar a los suyos, no siendo de provecho ninguna exhortación, cuando no pudiese distinguir el valor o la cobardía. Por lo cual arrimó a tierra las naves que pudo, adonde le pareció que no se atreverían a exponerse los enemigos.



XI. Estaba en el ala derecha de César una nave rodia muy separada de las otras. Viéndola así los enemigos, no se pudieron contener, sino que salieron sobre ella con grande ímpetu cuatro naves cubiertas y otras muchas de las que no lo estaban; de suerte que se vio César en precisión de socorrerla, por no recibir una afrenta a sus propios ojos, aunque si la sucediese algún fracaso, juzgaba que le tenía bien merecido. Trabóse el combate con gran denuedo de los rodios, que siendo sobresalientes en valor y pericia militar en todo género de batallas, no rehusaron en esta ocasión sufrir toda la carga, porque no resultase alguna pérdida por culpa suya. Así se acabó el combate con la mayor felicidad, porque se apresó una nave enemiga de cuatro órdenes de remos, otra se echó a pique, se barrenó otra, y perecieron los soldados de ésta y una gran multitud de las restantes, de manera, que si la noche no separara el combate, hubiera quedado César dueño de toda la escuadra enemiga. Mientras ellos estaban poseídos del miedo, calmó algo el viento contrario con que César con sus naves vencedoras llevó a remolque las de carga a Alejandría.

XII. Cayeron mucho de ánimo los alejandrinos viéndose ya vencidos no sólo por el valor de los defensores, sino también por la pericia de la marina... . Se subían a los parajes más elevados para defenderse desde los edificios y oponían delante muros de madera, temiendo aun en tierra el ataque de nuestras naves. Pero después que Ganímedes les aseguró en un consejo que no solamente restablecería las perdidas naves, sino que acrecentaría su número, empezaron con grande ánimo y esperanza a recomponer las viejas, tomando esta empresa con el mayor calor y aplicación. Y aunque habían perdido más de ciento diez galeras en el puerto y astilleros, no desistieron del pensamiento de reparar la armada, viendo que si llegaban a estar pujantes por el mar, no podrían venir refuerzos ni víveres a César. Y siendo

gente marinera por naturaleza y acostumbrada desde la niñez con un continuo ejercicio al tráfico de una ciudad y un país marítimo, se dedicaban con gusto a este recurso, como a su bien doméstico y natural, conociendo lo mucho que habían adelantado con sus pequeñas lanchas; así que con todo su conato y esfuerzo se empeñaron en la construcción de la escuadra.

XIII. En todas las embocaduras del Nilo había naves repartidas para la cobranza de entradas, y otras tenían más antiguas en el fondo del arsenal real, de las cuales había muchos años que no usaban para la navegación. Compu-sieron éstas e hicieron venir las otras a Alejandría. Como les faltaban maderas para remos, abrían los pórticos, gimnasios y edificios públicos y aprovechaban las vigas para este fin, dándoles arbitrios para unas cosas su natural industria y para otras la abundancia de la ciudad. Finalmente, no se preparaban para una larga navegación, sino a la necesidad del tiempo presente, y a combatir dentro del mismo puerto. Así en pocos días, y contra la esperanza de todos, concluyeron veintidós naves de cuatro órdenes de remos y cinco de cinco órdenes. A éstas añadieron otras muchas menores y descubiertas, y habiendo experimentado en el puerto con remos la aptitud de ellas, las acomodaron de buenos soldados y se pertrecharon de todo lo necesario para el combate. Tenía César nueve naves rodias (porque de diez que le enviaron pereció una en la costa de Egipto), ocho del Ponto, cinco de Licia, y doce del Asia. De éstas, cinco eran de cinco órdenes de remos, diez de a cuatro, las otras de menor porte y las más, descubiertas, pero confiando en el valor de sus soldados, y conociendo el de los enemigos, se dispuso para el combate.

XIV. Cuando se llegó a tal disposición que unos y otros confiaban bastante en sus fuerzas, dobló César la isla de Faro y dispuso su frente hacia los enemigos, poniendo en el ala derecha las naves rodias y las pónticas en la izquierda, entre las cuales dejó un espacio como de cuatrocientos pasos, que le pareció bastante para que se manejasen con desembarazo. Después de esta primera división distribuyó las demás para refuerzo, señalando cuál había de seguir a cada una de las otras y servirla de refuerzo. Sacaron también su escuadra los alejandrinos con resolución y la pusieron en orden: colocaron las veintidós en la frente, las demás de refuerzo en otra segunda división, y además un gran número de embarcaciones menores y lanchas con haces y materias incendiarias, por si con la multitud, la gritería y los fuegos podían amedrentar a los nuestros. Mediaban entre las dos escuadras unos bancos de arena de muy estrecho tránsito, que pertenecen al país de África (pues se dice que la mitad de Alejandría pertenece al África); y unos y otros esperaron largo tiempo quiénes empezarían a pasarlos, porque los que entrasen en ellos parecía que se habían de hallar muy embarazados, así para el manejo de la escuadra como para la retirada, si la desgracia les ponía en esta precisión.

XV. Mandaba las naves rodias Euforanor, sujeto más comparable en valor y grandeza de ánimo con nuestros romanos que con los griegos, el cual por su conocida destreza y grande espíritu fue elegido por los rodios para general de la escuadra. Conociendo éste la detención de César, le dijo: «Paréceme, César, que te recelas de que entrando el primero en estos bancos te has de ver en la precisión del combate antes de poder desembarazar el resto de la armada. Fía de nosotros la empresa; nosotros sostendremos el combate, sin que quede frustrada tu confianza, hasta que los demás puedan seguirnos; pues nos causa notable pena,

y aún tenemos por un género de descrédito, el que se vanaglorien éstos más tiempo a nuestros propios ojos». Animóle César, y dio la señal del combate engrandeciendo su valor con las mayores alabanzas. Adelantóse entonces Eufanor con cuatro galeras rodias, las cuales fueron al punto cercadas y batidas fuertemente por los alejandrinos. Ellas se sostuvieron, y se manejaban con su pericia y arte con gran desembarazo, y pudo tanto su destreza, que en medio de la desigualdad del número, ninguna de las rodias presentó el costado al enemigo, ni rompió sus remos, antes salieron siempre de proa a los ataques contrarios. Entre tanto siguieron a incorporarse las otras. Entonces por necesidad de la estrechez del mar, cesó la destreza y quedó toda la fuerza del combate en la resistencia y valor. No hubo en este trance persona en Alejandría, ni de los moradores, ni de los nuestros, que parase la atención en los reparos, ni en el asalto de ellos, sino que subieron todos a los terrados más altos, buscando lugar para el espectáculo, por cuanto podía extenderse la vista, y pidiendo victoria para los suyos con ruegos y votos a los dioses inmortales.

XVI. Era el combate muy desigual por sus circunstancias, porque vencidos los nuestros, no les quedaba refugio alguno ni por mar ni por tierra, y aun siendo vencedores, quedaba todo el negocio muy incierto; pero ellos, si vencían la batalla naval, lo poseían todo, y si quedaban vencidos, podían todavía tentar otros recursos. Juntamente parecía muy penoso y miserable que un tan corto número de gente decidiese de todo el suceso y de la común suerte de los demás, de los cuales si alguno caía de ánimo y de su fortaleza, debería mirar también por aquellos que no hubiesen tenido facultad de pelear y defenderse por sí. Estos mismos cargos les había hecho César repetidas veces, en los días antecedentes, que peleasen con tanto más denuedo, porque veían que a ellos se fiaba la vida y conservación

de todos. Esto mismo había repetido cada uno a su camarada, a su amigo y conocido al tiempo de la despedida, que no hiciese por donde quedase frustrada su opinión y la de todos aquellos por cuyo juicio había sido elegido para el combate. Y así se peleó con tal esfuerzo, que ni a la marina socorría su destreza y arte, ni la multitud de naves aprovechaba a los que hacían ventajas en el número de ellas, ni los escogidos entre tanta muchedumbre eran capaces de igualar el valor de los nuestros. Se apresó en este combate una nave de cinco órdenes de remos, otra de dos con toda su tripulación, y se echaron tres a pique, sin que pereciese ninguna de las nuestras. Las demás tomaron la vuelta de la ciudad, que tenían inmediata, a las cuales protegieron desde los muelles y edificios que dominaban la playa y estorbaban a los nuestros el acercarse.

XVII. Para que esto no sucediese con frecuencia, procuró César hacer los esfuerzos posibles para ganar la isla y el dique que conducía a ella; pues concluida ya la mayor parte de las fortificaciones en la ciudad, esperaba poder asaltar a un mismo tiempo la ciudad y la isla. Tomada esta resolución, embarcó en las naves menores y en los esquifes diez cohortes, con alguna gente escogida de infantería ligera y la que le pareció más a propósito de la caballería francesa y acometió con las naves cubiertas otra parte de la isla, a fin de dividir las fuerzas, proponiendo grandes premios al primero que entrase en la isla. Sostuvieron los enemigos al principio con igualdad el ímpetu de los nuestros, defendiéndose a un mismo tiempo desde los terrados, y guardando también las orillas adonde no podían acercarse fácilmente los nuestros por la aspereza de la orilla, y con las lanchas y cinco galeras disputaban con agilidad y destreza la estrechez del lugar. Pero luego que algunos de los nuestros, reconocido y tentado el vado, llegaron a poner el pie en la ribera, y a éstos se siguieron otros, y empezaron a pe-

lear constantemente con los que se habían hecho fuertes en la orilla, todos los isleños volvieron las espaldas. Rechazados éstos, y abandonada la defensa del puerto, se echaron hacia las riberas y población, y saltaron en tierra para defender sus casas.

XVIII. Mas no pudieron los alejandrinos sostenerse largo tiempo en aquella defensa, aunque, comparadas las cosas pequeñas con las grandes, no era muy diversa la planta de aquellos edificios de los de la ciudad, y podían pasar por muralla algunas torres altas, que casi se tocaban unas con otras, ni venían los nuestros prevenidos de escalas ni manteletes, ni de los demás preparativos para el asalto. Pero el temor, como se vio entonces, quita el ánimo y el conocimiento a los hombres, y les debilita las fuerzas. Porque los que antes confiaban poder contrarrestar en paraje igual y llano, estos mismos, amedrentados con la fuga y pérdida de unos pocos de los suyos, no se atrevieron a mantenerse en unos edificios de treinta pies de alto, sino que se arrojaron al mar por el dique, y huyeron a nado hasta la ciudad todo un espacio de ochocientos pasos. Muchos de ellos quedaron prisioneros, muchos muertos, y se hicieron seiscientos cautivos.

XIX. César, habiendo concedido la presa a los soldados, entregó al saco los edificios, fortaleció un castillo junto al puente más inmediato a Faro, y puso en él la guarnición competente. Éste le habían desamparado los isleños; otro más fuerte y cercano a la ciudad le defendían los alejandrinos; pero le acometió César del mismo modo al día siguiente, porque ganados ambos, creía poder estorbar las salidas de las embarcaciones menores y sus repentinos latrocinios. Ya había desalojado desde las lanchas con flechas y algunas máquinas, y retirado hasta la ciudad su guarni-

ción, y tenía desembarcadas tres cohortes, porque la estrechez del lugar no daba espacio para más gente, y quedaban para sostenerlas las demás tropas en las naves. Hecho esto, dio orden de fortificar el puente contra los enemigos, y asimismo de cegar con piedras un arco que le sostenía, por el cual tenían salida las naves. De las dos obras, hecha ésta, no podía salir ninguna nave; y en cuanto a la del puente, apenas se empezó, salieron de la ciudad todas las tropas de los alejandrinos y se pusieron a hacer frente a los reparos en paraje bastante descubierto, arrojando también al dique las embarcaciones menores, que acostumbraban destacar a incendiar las de transporte. Peleaban los nuestros desde el puente y el dique, y los enemigos desde el raso enfrente del puente y desde las naves contra el dique.

XX. Estando César ocupado en esto, y animando sus tropas, un número considerable de remeros y soldados se arrojó al dique desde nuestras galeras, parte llevados del deseo de ver lo que pasaba, y parte del de probar las manos. Éstos, al principio rechazaban desde el dique con hondas y piedras las naves enemigas, y parecía de mucha utilidad la multitud de sus tiros; pero luego que se atrevieron algunos alejandrinos a saltar de las naves un poco más lejos de aquel paraje y los acometieron por el flanco, empezaron a huir precipitadamente a las naves, sin banderas, sin orden ni gobierno alguno, conforme habían salido. Con cuya fuga excitados los alejandrinos, saltaban de las naves, y perseguían a los nuestros desbaratados. Juntamente los que habían quedado en las galeras se apresuraban por quitar las escalas y apartar las naves de tierra, para que no se apoderasen de ellas los enemigos. Con esto, perturbadas nuestras tres cohortes, que se habían hecho fuertes en el puente y la parte anterior del dique, oyendo a sus espaldas las voces, viendo la fuga de los suyos, y haciendo frente a un diluvio de flechas, temieron ser cercados por la espalda y